

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

30
cts



William Haines
Leila Hyams
EDICIONES BISTAGNE

**JIMMY,
EL MISTERIOSO**

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO I Francisco-Mario Bistagne NÚM. 6

Jimmy, el misterioso

Magnífico asunto, interpretado por
William Haines, Lyonel Barrymore, Karl Dane, Leila Hyams.



Producción

METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER

Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

POSTAL - REGALO: MAURICE CHEVALIER

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Jimmy, el misterioso

Argumento de la película

Jimmy Valentino era un ladrón. Había puesto su juventud y sus mañas al servicio del mal. Formaba parte de una banda de desvalijadores de cajas de caudales. La policía no lograba probar su participación en los delitos, pues Jimmy y los suyos sabían escurrirse a las mil maravillas sin dejar rastro comprometedor.

Cierto día, Jimmy, que vestía a lo gran señor, estaba en una peluquería de lujo donde acababan de afeitarle, de pulirle las uñas y de limpiarse el calzado.

Al ir a levantarse del sillón, vió que entraba

en la sala, Doyle, uno de los jefes de policía de la ciudad.

Desciendo que aquel hombre no le reconociera, pidió al peluquero:

—¿Quiere darme otra pasada?

—Ya tiene usted una.

—Una buena merece otra mejor.

—Pero se está estropeando el cutis, Jimmy— gritó el fígaro.

El nombre de Jimmy hizo volver la cabeza al detective, quien reconoció al ladrón.

Jimmy, comprendiendo que era ya inútil disimular, se levantó dando por terminada la *toilette*.

—¡Hola, Doyle!—dijo al pasar ante el jefe de policía.

—¡Hola!—le contestó éste, que deseaba tener la ocasión de conseguir una prueba contra Jimmy para encarcelarle.

—Doyle, usted sería un gran hombre si no fuera policía.

—Y usted sería un excelente muchacho si no fuera un ladrón.

—¡Usted siempre tan molesto, Doyle! ¡Siempre sospecha de mí!

Pagó al barbero y salió prestamente subiendo

a un taxi... Doyle corrió también a la calle y montó en otro auto ordenando siguiera al anterior. Pero perdió la pista del de Jimmy, pues éste, viéndose perseguido, había saltado a otro automóvil.

Aquella misma noche, Jimmy, en compañía de Avery y de "El Sueco", los dos camaradas de su banda, se dirigió a las oficinas de la Compañía Express para robarlas.

Maniataron al guardián y mientras Avery y "El Sueco" vigilaban junto a la puerta, Jimmy procuraba abrir la caja de caudales.

Jimmy poseía para esos menesteres, una prodigiosa habilidad. Descerrajaba el mecanismo más complicado, sin esfuerzos, sin violencias, merced a su arte, a su agilidad, a la sensibilidad extraordinaria de sus dedos. Sensibilidad, magnífico tacto que se desarrollaba frotándose las yemas de los dedos con un papel de esmeril.

Haciendo mover rápidamente sus dedos consiguió abrir la caja. Apoderóse en un santiamén de todo el dinero que había dentro y puso luego una bomba en su interior que estallaría dentro de breves minutos y que quitaría toda huella a la policía de la intervención de Jimmy.

Los tres cómplices subieron a un coche, y

Jimmy se hizo conducir a la jefatura de policía.

—Esperadme en casa—dijo a sus amigos—. Yo voy a preparar la coartada... por si acaso.

Y entrando en el despacho del comisario, comenzó a gritar:

—¡Me han robado, me han robado! ¡He sido víctima de un atraco!

—¿Cuánto le han quitado?

—Cinco dólares... y otros objetos particulares.

—¿Qué otros objetos?

—Eso no necesito decírselo.

—¿Dónde le han robado?

—En la calle... Me han atracado tres hombres... ¡Unas fachas!

—¿Y a qué hora ha sucedido el hecho?

—¿Qué hora es ahora?—preguntó Jimmy.

—Mire usted el reloj—contestó, desabrido, señalándole una esfera que había detrás del comisario.

—Es que no veo bien... También me han robado los lentes.

—¡Son las diez!

—Hace cosa de diez minutos que me han robado.

Llamaron en aquel instante al teléfono. El

comisario se puso al aparato y oyó que le decían:

—Manden en seguida policías. Acaban de robar la caja de la Compañía Express. Una bomba ha destrozado la puerta del arca.

El comisario comunicó a unos agentes el recado y éstos desaparecieron velozmente.

Jimmy protestó porque no le atendían.

—¿Por qué motivo ha de ser más importante la compañía del Express que yo?—dijo.

—Ya le explicaré yo a usted por qué.

—No es necesario. Porque yo soy un ciudadano indefenso y ellos son un gran trust—dijo pegando varios puñetazos sobre la mesa y vaciando un tintero sobre un libro de notas.

Y abandonó la jefatura simulando furiosa indignación mientras el comisario maldecía a aquel denunciador que había llenado de tinta toda la mesa.

Jimmy, sonriente, tomó otro taxi y se dirigió a casa de sus amigos. Las cosas iban bien. Podría probar la coartada.

* * *

El inspector Doyle y varios agentes examinaban en las oficinas de la Compañía Express la caja de caudales cuya tapa había saltado a consecuencia de la dinamita.

—Esta caja no ha sido abierta por el procedimiento del tacto. Eso elimina la suposición de que haya sido Jimmy Valentino—dijo un agente.

—Aun no estoy muy convencido de ello—respondió Doyle.

Y luego de examinar la estancia, salió de allí, sospechando que Jimmy tenía que ver algo en el asunto.

Jimmy, después de dar cuenta a sus amigos de la visita a la jefatura, se dirigió a uno de los cabarets donde acostumbraba ir muchas noches.

El *maître* era amigo suyo, y le dijo:

—Nick, estoy esperando a Doyle. Cuando venga hazle pasar.

Jimmy, repartiendo alegres sonrisas entre todas las gentes del cabaret, vió en una de las mesas a una mujer sola y al parecer aburrida.

Jimmy se sentó tranquilamente a su lado, sin pedir permiso.

—Pequeña, me he enamorado de ti—le dijo.

La mujer le envolvió en una mirada desdenosa.

—No puedo contrariarte por más tiempo, muchacha. Voy a darte un beso.

—¡Trate usted, si se atreve!

—¡Ahora mismo!

Y le dió un largo y absorbente beso en la boca que dejó a la mujer viendo visiones.

Riendo, Jimmy llamó al *maître* y le dijo:

—Nick, he cambiado de idea. ¡Cuando venga Doyle, échale!

Pero Doyle apareció en aquel instante en la puerta y Jimmy dijo a la muchacha:

—Me he de marchar... Te espero fuera... dentro de dos minutos.

Y salió riendo a carcajadas y haciendo ver que perseguía a unas bailarinas.

Pero al hallarse ante la puerta, topóse con Doyle, quien, cogiéndole fuertemente por un brazo, le dijo:

—¡Hola, joven! Parece que se divierte, ¿eh?

—¿Qué hacer si no? Pero supongo que no

vendrá usted a explicarme que han robado otra caja de caudales—dijo Jimmy, riendo.

—¡Pues a eso vengo!

—Es usted muy molesto. Supongo también que quiere usted llevarme a la jefatura.

—Es usted un adivino.

Y los dos se encaminaron a la jefatura; tranquilo y risueño Jimmy; serio y grave el inspector.

Ya en una de las salas de la comisaría general, Doyle le explicó el robo de la caja de caudales en la Compañía Express y le dijo:

—¿Dónde se hallaba usted a las diez de esta noche?

—Precisamente a esa hora me hallaba aquí, denunciando que me habían robado.

—No lo creo, pero vamos a salir de dudas.

Llamaron al comisario a quien Doyle interrogó.

—Sí, sí, señor... Es cierto. Ese joven estaba aquí a las diez gritando como un energúmeno.

Ante aquellos informes, Doyle le dejó en libertad, aun dudando de que fuese inocente.

—Y ahora sírvase mirar la hora, señor Doyle, por si acaso a alguien se le ha ocurrido abrir

otra caja mientras ustedes me han tenido aquí —dijo Jimmy.

Cuando se hubo marchado, Doyle dijo a un compañero:

—Ha podido probar la coartada demasiado bien para no tener participación. Algún día u otro caerá ese muchacho en mi poder.

* * *

Una semana después se realizó el asalto a la caja de caudales de un almacén y aunque Jimmy la abrió por el procedimiento del tacto, puso luego una bomba que hizo saltar la caja, impiéndole de esta manera que pudieran sospechar de él.

Pero por si a Doyle le daba la gana de someterles a un nuevo interrogatorio, desaparecieron los tres ladrones de la ciudad.

Jimmy fué a pasar varios días en una playa de moda, y Avery y "El Sueco" marcharon a otra población.

Algunos días después, Jimmy recibió un telegrama de sus compañeros.

Tenemos mucha fruta almacenada. Necesitamos de ti para embalarla. Ven en seguida.

Avery

Jimmy no se hizo repetir la orden se dirigió en tren a la población indicada.

Al llegar al punto de destino, vió en el andén desde la ventanilla a una hermosa muchacha que agitaba los brazos saludándole y enviándole besos.

Jimmy, alborotado, bajó velozmente, dispuesto a continuar su conquista.

Pero apenas puesto el pie en tierra, vió que un caballero ya entrado en años abrazaba a la joven en cuestión y besaba luego a unos niños de corta edad que estaban con ellos.

Todo lo comprendió Jimmy. La muchacha había enviado sus besos a aquel señor que estaría seguramente en una ventanilla contigua a la de Jimmy y que éste había creído por error dirigidos a su persona.

¡Mala suerte porque la muchachita era bella como un sol!

Jimmy corrió a reunirse con Avery y "El Sueco" que le aguardaban a la salida de la estación.

Avery era ya hombre viejo, y "El Sueco" tendría cerca de cuarenta años, y era cuarenta veces tonto.

—¿Cuáles son tus proyectos, Avery? ¿Qué preparáis en este pueblo? —le preguntó Jimmy.

—Desde hoy soy el doctor Avery. Tú eres mi sobrino, y él es mi secretario. En esta pequeña ciudad me conoce ya todo el mundo.

Pasó una señora vestida con escasa elegancia, y el doctor la saludó.

—Señora Simpkins, tengo el gusto de presentarle a mi sobrino.

La dama hizo varios aspavientos y exclamó, después de saludar al recién venido:

—¡Es la propia imagen de usted, doctor! Lo hubiera reconocido en donde lo hubiese encontrado.

—Nos parecemos mucho —contestó Avery, sonriente, pues poco antes había aprovechado una distracción de la señora para quitarle el bolso.

Marchó la señora Simpkins sin darse cuenta del robo, y ya los tres hombres se disponían a ir a su alojamiento, cuando apareció un jefe de policía, de uniforme, quien dijo a Jimmy en actitud severa:

—Sígame, joven. Precisamente estaba esperándole.

—Seguramente está usted confundido, señor policía. Yo no soy la persona que usted espera —contestó Jimmy, palideciendo.



—*Es la propia imagen de usted, doctor!*

El policía se echó a reír y golpeó la espalda del doctor, a quien dijo:

—Me di cuenta de que era el sobrino que estaba usted esperando, querido doctor, desde el momento en que le puse la vista encima.

Avery, "El Sueco" y Jimmy se tranquilizaron.

—El señor inspector se ha convertido en un buen amigo mío desde que he llegado aquí—dijo Avery.

—Tendré mucho gusto en acompañarles en mi automóvil al hotel—indicó el jefe, que sentía verdadera amistad por el doctor que le había dicho iba a establecerse en el pueblo.

Subieron al coche y varias veces "El Sueco", dijo:

—Esta es una gran población para nuestros negocios, doctor. Aquí vamos a hacer dinero.

—¡Qué bromista es mi secretario!—decía Avery, disimulando.

Por fin llegaron al hotel y el jefe de policía se despidió de ellos.

Los cómplices ocuparon una misma habitación y Avery reprimió duramente a "El Sueco" por las estupideces que hacía. Había que ir con cuidado si no querían perder los buenos negocios que allí se preparaban...

* * *

Jimmy salió poco después a dar una vuelta, y en una de las calles tuvo que separar a dos chiquillos que se liaban a trompazo limpio. En-

tre la gente que se había aglomerado, estaba aquella joven que Jimmy había visto antes en el tren y que ahora reprimaba a uno de los niños.

Uno de los contendientes escapó y el otro quedó procurando huir de los brazos de Jimmy que le retenían.

—Dolly, haz el favor de no moverte de aquí—dijo la joven con autoridad—. ¿Qué es eso de pegarte con los chicos de la calle?

Jimmy reconoció a la hermosa rubia de horas antes y dando unas monedas al pequeño, le dijo:

—Toma eso para caramelos... y vete en paz. El chiquillo avanzó hacia la joven.

—Mira que me ha dado ese caballero, hermana... Compraré bombones.

Y huyó mientras Jimmy decía alegremente a la muchacha:

—¿Es hermano de usted?

—Sí, señor.

—¡Ah! Los niños deben ser educados con un tacto lleno de comprensión y de simpatía.

—Y el dinero hace lo demás, ¿verdad?—añadió sonriente.

—Tal vez mis procedimientos sean equivoca-

dos... Espero que usted me hará conocer los tuyos... mientras la invito a comer.

La rubia le miró con altivez, y quiso proseguir su camino.

—No he intentado ofenderla. Perdóname...

—Haga el favor de no molestarme.

—Si se obstina usted en no perdonarme, nunca tendrá ocasión de comer conmigo.

Y tanto insistió que finalmente ella dijo:

—Bueno, estoy dispuesta a aceptar un helado de usted.

—¡Qué alegría!... No se puede decir que somos desconocidos. ¿Se acuerda usted de esta mañana en el tren?

—No me había dado cuenta de usted, señor...—dijo disimulando.

—Randall... Lee Randall.

—Yo me llamo Rosa Lane.

—¿Señorita?

—Sí, vivo con mi padre y mis tres hermanitos.

—¡Qué alegría! ¡Creí que era usted casada!

Pasearon por la ciudad, estableciéndose entre los dos una simpatía poderosa.

En una de las calles encontraron a Avery y al "Sueco" que le llamaron.

Apartándose un momento de Rosa, Jimmy

fué al encuentro de sus cómplices que no vieron con muy buen agrado que su amigo perdiera el tiempo en *flirteos*.

—Ten entendido que nos marchamos de la ciudad dentro de dos o tres días.

—¿Marchar de un sitio tan delicioso? Precisamente vamos a quedarnos aquí.

Y volviendo al lado de Rosa se dirigió con ella a tomar un helado, mientras Avery y "El Sueco" comentaban la frivolidad de su amigo.

* * *

El día siguiente era domingo. Los tres cómplices paseaban por las vías céntricas.

Se detuvieron ante un Banco y leyeron la cifra de millones de dólares de Reserva que había allí depositados.

—¡Qué gran porvenir ofrece esta ciudad a los hombres trabajadores! —dijo "El Sueco" riendo.

Mientras comentaban el plan para el asalto del Banco, vieron frente a éste bajar de un coche a una joven, un caballero y tres niños.

Jimmy reconoció a Rosa y se apresuró a saludarla.

Ella le presentó a su padre y los dos hombres se saludaron cordialmente.

—Celebro que venga usted a nuestra iglesia —dijo Rosa—. Si quiere, oiremos juntos el sermón.

—Con mucho gusto. Pero estoy acompañado por mi tío y su secretario.

—Haga usted que vengan con nosotros.

Jimmy llamó a sus amigos y los presentó a la familia Lane. No le hizo mucha gracia a Avery aquella compañía, pero tuvo que resignarse... Menos gracia le hizo al saber que iban a la iglesia.

"El Sueco" tenía vagas noticias de lo que era una iglesia y le alegró la idea de entrar en una.

Subieron la escalinata y al hallarse en el atrio, "El Sueco" dijo:

—¡No se muevan! ¡Yo sacaré las localidades!

—¿Las localidades? —dijo el señor Lane, asombrado.

—No hagan caso. Es una vieja broma de nuestro país —aclaró Avery, mirando de modo furibundo a su secretario.

Entraron en el templo lleno de fieles y ocuparon un banco.

Unas muchachas cantaron en el coro, y "El Sueco" exclamó, entusiasmado:

—Muy bien... muy bien... esto es más divertido que el teatro.

Y rompió a aplaudir hasta que Avery, disimulando, le dió un pellizco y dando él a su vez varias palmadas hizo ver que habían cazado unos mosquitos.

Jimmy estaba abstraído contemplando a Rosa.

Un sacerdote apareció en el presbiterio y todos los fieles empezaron a cantar puestos en pie.

Una señora que estaba al lado de "El Sueco" brindó a éste un libro de rezos.

—No sé cantar, señorita, pero si quiere puedo silbar—dijo.

Avery dióse cuenta de que había varios monederos encima de los bancos y, siguiendo su sempiterna costumbre, se apoderó de uno de ellos.

Pero en aquel instante, el pastor comenzó su sermón con estas palabras de la Biblia:

—¡Ha entrado un ladrón en la casa del Señor!

Avery, nervioso, se apresuró a devolver el monedero, y el sacerdote continuó describiendo aquel pasaje bíblico, terminando con estas palabras:

—¡Hermanos míos! ¡El único camino que conduce a la paz de la conciencia es la honradez!

Aquellos santos consejos parecieron emocionar a Jimmy y aun al propio Avery y "El Sueco", que no osaron efectuar en el templo ninguna de las labores de su oficio.

A la salida Jimmy se despidió de sus cómplices y siguió con Rosa y su familia hasta la casa de ella.

El señor Lane le invitó a comer, y el joven aceptó, agradecido, la atención.

Pasó unas horas de deliciosa placidez sintiendo que en su alma nacía un sentimiento de amor hasta entonces invisible.

Después de la comida, los dos jóvenes pasearon por el jardín, se balancearon en el trapecio y vivieron delicadas horas de dulzura.

Jimmy estaba emocionado. ¡Aquel ambiente, aquella hermosa muchacha!

—Decididamente esta ciudad es admirable... más admirable porque usted vive en ella—le dijo.

—Gracias, señor Randall... Usted también es un hombre distinto de todos.

El tiempo volaba... Jimmy pareció volver a la realidad y consultó el reloj:

—¡Caracoles! ¡No me había dado cuenta de que fuera tan tarde!

Y despidiéndose apresuradamente de Rosa corrió al hotel donde le esperaban, impacientes, sus amigos.

Jimmy estaba trastornado. ¡Qué loco era! ¿Quién le mandaba a él enredarse en cosas de amor? Rosa no podía ser nunca suya. Era demasiado pura para pensar en alcanzarla...

—¿Qué? —le dijo Avery—. ¿Es que piensas sentar tus reales en la ciudad?

—Nada de esto. Este país me ataca los nervios. Voy a dejar listo este trabajo y largarme —dijo.

Cogió un maletín, puso en él una bomba con reloj, y en compañía de sus amigos, a eso de las diez de la noche, marchó en dirección al Banco de la ciudad.

Avery y "El Sueco" esperaron ante la puerta, mientras Jimmy, que había conseguido forzar la puerta, realizaba prodigiosos esfuerzos para abrir la caja de caudales.

Esmerilando sus manos, consiguió abrir la cerradura.

Se apoderó de cuanto dinero había allí y puso luego en la caja la bomba que debía estallar

media hora después borrando de esta manera toda huella de él.

Iba ya a salir cuando oyó que Avery y "El Sueco" hablaban junto a la puerta con otro hom-



—Voy a dejar listo este trabajo y largarme.

bre, y esperó, temeroso de que todo fuera a descubrirse.

El hombre era el jefe de policía de la ciudad que al efectuar su ronda nocturna, vió al doctor Avery y a su secretario ante el Banco.

—¿Qué hacen ustedes ahí?—les dijo, sonriente.

—Pues... estábamos ensayando a ver quién silba mejor—explicó Avery.

—Pues yo soy el campeón de silbido de la ciudad—explicó el policía.

Y los tres comenzaron a silbar a la vez una canción.

—¡Estupendo... estupendo!—dijo Avery—. Es usted un verdadero campeón... ¿Y qué le parece si tomáramos un helado, jefe?

Le pareció una idea excelente. Y los tres se alejaron de allí cogidos del brazo y silbando alegramente.

* * *

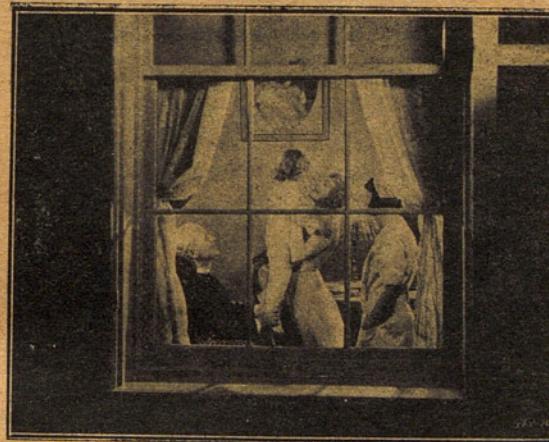
Jimmy había salido sin novedad del Banco y marchaba presuroso hacia el hotel.

Tuvo que pasar ante la casa de Rosa Lane y vió detrás de una amplia ventana, a Rosa y a su padre que besaban tiernamente a los niños.

Le conmovió esa escena de hogar y en aquel instante lamentó su vida azarosa e ilegal que le

privaría eternamente de vivir con una mujer tan pura y buena como aquella.

Pasaron unos chiquillos, uno de los cuales, reconociendo en Jimmy al hombre que le había



...y vió a Rosa y a su padre que besaban tiernamente...

separado de su riña con el hermanito de Rosa, le dijo mostrándole unas frutas:

—¡Hola, señor!... Mire... Acabo de robar esto. Es la mar de divertido.

Jimmy contestó con severidad:

—Muchacho, no debes de coger lo que no te pertenece. Los hombres que viven del robo son siempre desgraciados. Y tú no querrás ser de esa clase de hombres, ¿verdad?

El niño, avergonzado por el sermón, contestó:

—Es cierto... Yo quiero ser tan bueno como usted...

Atraída por aquellas voces ante su casa, Rosa se asomó al jardín y al ver a Jimmy corrió, sonriente, hacia él.

El joven, que llevaba el maletín con el dinero, se estremeció al verla.

El chiquillo escapó al ver a Rosa y ésta dijo:

—¿Qué hace usted por aquí, señor Randall?

—Esperaba verla para decirle adiós. Me voy hoy mismo.

Apareció el señor Lane a quien Rosa informó de que su amigo se marchaba.

—¿Y cómo es eso? ¿Tan mal le hemos tratado en la ciudad?

—No he encontrado todavía una buena oportunidad de trabajo—dijo Jimmy, tembloroso.

Rosa estrechó de modo significativo la mano de su padre y éste pareció comprender.

—Oiga—dijo a Jimmy—. ¿No ha pensado usted nunca entrar en un Banco?

—Sí, en alguna ocasión he estado muy interesado por la Banca—contestó riendo.

—Perfectamente. Yo soy el director del Banco de la ciudad.

—¿Usted?

Sus ojos se dirigieron hacia el maletín. Sintió vergüenza de sí mismo. Hubiera querido desaparecer. ¡Y él robaba al hombre a quien sólo debía agradecimiento!

—Le daré un empleo en el Banco—siguió diciendo el señor Lane—. El salario no será muy alto, pero le ofrezco una buena oportunidad de progreso.

—Gracias, señor Lane—dijo, conmovido—. Voy a reflexionar sobre el particular. Le estoy muy agradecido.

Y cogiendo el maletín, se alejó rápidamente para ir a reflexionar sobre si debía aceptar o no aquella posibilidad de vivir una vida honrada al lado de una mujer guardadora de todas las fielidades.

Y el amor ganó la partida. Jimmy, decidido a todo, volvió al Banco, devolvió el dinero, y se llevó la bomba que había puesto pocos minutos antes.

Entretanto, en la fonda la impaciencia de Avery y de "El Sueco" eran extraordinarias.

—¡Me parece que Jimmy nos ha engañado! —dijo Avery.

"El Sueco" le echó las manos al cuello pronto a agorratarle.

—¡No tolero que nadie llame ladrón a mi compañero! —gritó.

Entró Jimmy con el maletín.

—¡Por fin! ¡Vámonos! —dijo Avery—. Tenemos aún tiempo de asaltar la fábrica, camino del tren.

—No. Vamos a quedarnos todos en esta ciudad y a dedicarnos al trabajo honrado —dijo Jimmy, fríamente.

—¿Quieres decir... trabajar? —preguntó "El Sueco", espantado.

—Sí!

—¡Esa muchacha te ha vuelto idiota! —rugió Avery—. Vamos, dentro de poco estallará la bomba en la caja del Banco, mientras tenemos el dinero seguro en nuestra maleta.

—Esa bomba no estallará, porque no la he puesto.

Corrió Avery a abrir el maletín y vió en él

la bomba, parado el funcionamiento de su reloj. Buscó los billetes sin hallarlos.

—¡Imbécil! ¿Dónde está el dinero?

—¡Lo he devuelto!

—Una parte del dinero nos pertenecía, y nos has robado al devolverlo.

—Ese dinero no era mío ni vuestro. He encontrado una nueva moral.

—¿Y qué tiene que ver la moral con estas cosas?

—No siempre van a salir bien estos asuntos. Un día u otro caerás, Avery.

—Guarda tu sermón para tus amigos de la iglesia. ¡Hemos acabado!

Y cogiendo el maletín salió, disparado como una flecha y seguido de "El Sueco".

Jimmy estaba dispuesto a vivir en lo sucesivo de un modo distinto. La luz del amor le hacía ver claras las cosas y le ofrendaba el panorama de un honrado vivir.

"El Sueco" reapareció en el cuarto.

—Me quedo contigo, Jimmy.

—Bravo, "Sueco"!

—Creo que el viejo también acabará por quedarse.

En aquel instante se oyeron unos disparos...

Jimmy y "El Sueco" salieron a la calle y corrieron hacia un numeroso grupo de gente. Vieron a Avery caído en tierra y con el pecho empapado de sangre.

—¡Avery... Avery! —dijo Jimmy.

Un vigilante explicaba al jefe de policía.

—Creí que era un ladrón que quería entrar en la fábrica y disparé contra el doctor Avery.

Todo lo comprendieron Jimmy y su amigo. El viejo compañero había querido realizar un golpe a solas.

Avery, con voz agonizante, dijo a Jimmy:

—¡Tenías razón al decir que la suerte puede abandonarnos, muchacho!

Y reclinando la cabeza, murió, mientras Jimmy y "El Sueco" difícilmente podían contener las lágrimas.

Pasaron seis meses. Allá en Nueva York, el inspector Doyle contemplaba un día un retrato que llevaba un periódico y bajo el cual había este epígrafe:

Lee Randall, que en seis meses ha pasado de

la categoría de escribiente a cajero de la Banca Lane.

Sonrió alegremente. Había perdido durante aquel medio año la pista de Jimmy y ahora reconocía en el retrato de aquel Randall al famoso desvalijador de cajas.

—Pues esta vez no se le escapaba! Y marchó a la estación para dirigirse a la ciudad provincial.

Jimmy había transformado su vida. Era un hombre probo, honrado a carta cabal y se había granjeado la confianza de todos hasta el extremo de ser el cajero general del Banco.

Seguía Jimmy su dulce amistad con Rosa Lane, pero por timidez no se había atrevido a declararle todavía la pasión que le embargaba.

"El Sueco" estaba empleado en el Banco como ordenanza y al ejemplo de su antiguo compañero, era su vida modelo de honradez.

Un día, a instancias de Jimmy, se cambió la vieja caja que había en el Banco por un arca de caudales moderna y enorme, una verdadera caja de seguridad de mecanismo difícil e invulnerable.

—Esta misma tarde vendrá un especialista

para enseñarles la combinación de la cerradura —les dijo un empleado de la casa constructora.

Una hora después el señor Lane examinando aquel enorme armastoste, dijo a Jimmy:

—Nunca creí que fuera capaz de modernizar mis ideas como ahora estoy haciendo.

—¿No cree usted que estamos así más seguros que con esa vieja caja de quesos que teníamos antes?

—Pero esa vieja caja me ha servido veinte años y nadie se ha atrevido a robarla.

Jimmy se sonrió.

Rosa y sus hermanitos entraron en el despacho admirando aquella soberbia y formidable instalación.

Los dos jóvenes se saludaron con cierta emoción, y el señor Lane, cogiendo del brazo a sus niños, dijo:

—Me parece que Rosa tiene deseos de conocer el mecanismo de la nueva caja.

Y se alejó dejando solos a los dos muchachos que examinaran el arca.

Pero Jimmy, que hasta entonces no se había sentido con fuerzas para indicar su pasión, al verse a solas en aquella salita con Rosa, exclamó:

mó animado por una delicada y cautivadora sonrisa de ella:

—¡Rosa, te amo!

Y ella que sólo esperaba que se declarase, respondió:



—¡Rosa, te amo!

—¡Yo también te amo, Lee!

Se dieron un beso, una, dos, tres veces repetido.

—¡Me parece mentira tanta felicidad! —decía él.

—Voy a decírselo a mi padre.

Y la joven corrió al despacho de su padre para decirle que por fin, por fin, Lee Randall acababa de declararle aquella pasión que ella adivinaba desde el primer día.

Loco de júbilo, Jimmy entró en su departamento y se sentó ante la mesa donde había un enorme legajo de billetes de Banco.

Ya no le causaban placer y ante ellos sentía la indiferencia que el hombre honrado experimenta por las cosas materiales ajenas.

“El Sueco” entró en la estancia y su amigo le comunicó la buena nueva.

—¡“Sueco”! ¡Rosa y yo vamos a casarnos!

—Pero... Jimmy, ¿y si un día llegara a descubrir tu pasado?

—El pasado ha muerto, y nadie puede encontrarnos en este rincón del mundo.

—¡Ojalá!... Y toma este telegrama, que se ha recibido a tu nombre.

El joven desdobló el papelito azul, y leyó, sorprendido:

Vigila. Doyle llegará a la ciudad esta tarde a las cuatro.

Un amigo

—Mira, Lee... lee.

Horrorizado se paseaba de un lado a otro comprendiendo que el maldito pasado resurgiría para su tormento.

—Doyle mismo es quien ha cursado este telegrama—añadió Jimmy.

—Pues huye. Son un poco más de las cuatro. Todavía estás a tiempo.

—No. Doyle quiere precisamente que huya para tener la evidencia de que soy culpable. Tengo pendiente con él el robo de un almacén el doce de abril en Nueva York. Pero se llevará chasco si piensa detenerme. Me quedo.

Buscó en un armario un cuadro que figuraba una fotografía de un banquete y lo colgó de una pared.

Luego fué a un rincón y realizó extrañas operaciones con los dedos.

—Pero, ¿qué haces, qué haces?

—Es nuestro antiguo procedimiento de probar la coartada. Doyle va a hacer el ridículo.

Llamaron a la puerta.

—¡Si nos encuentra aquí estamos perdidos! ¡Ocúltate!—le dijo Jimmy.

“El Sueco” corrió a esconderse en el archivo cercano.

Entró Rosa, quien llenó de besos a su novio diciéndole:

—No he podido decírselo aún a papá. Tiene un forastero de visita.

—Ya le hablarás luego. Dime otra vez que me amas, querida.

—Te amo... Pero... estás muy atareado... Hasta después, Jimmy.

Marchó Rosa y en el corredor encontró a su padre y al forastero, que no era otro que el detective Doyle.

—Tengo una cosa muy interesante que decirte... cuando tengas un momento, papá.

—Bien, hija mía... Déjanos ahora...

Doyle había comunicado poco antes al director de la Banca sus sospechas de que aquel señor Randall fuera el sujeto a quien la policía buscaba. Lane expresó su protesta ante tal suposición. Hablarían con el propio Randall para que se desvanecieran las estúpidas sospechas.

Entraron en el despacho... Ni un músculo de Jimmy se alteró al ver ante él a su perseguidor.

Doyle sonrió... No había duda, tenía ante él a Jimmy, tan hábil como siempre.

—Señor Randall—dijo el director—. ¿Conoce usted al señor Doyle?

—No, no le conocía. Tanto gusto, señor—dijo Jimmy, serenamente.

Le estrechó la mano con frialdad.

—No creí encontrarle aquí después de recibir mi telegrama—dijo Doyle.

—Entonces, ¿ha sido usted quien me ha enviado ese incomprensible telegrama?

—Basta de mentiras. La comedia ha terminado.

El señor Lane, sin creer un solo momento en la culpabilidad de su cajero, prestaba gran atención a la escena. ¿Qué equivocación era aquella?

Jimmy mirando a su principal le dijo:

—¿Le ha presentado sus documentos este señor Doyle? Porque realmente dice unas cosas... Se está portando como un difamador.

—El señor Randall tiene razón. Pruebe su personalidad o daré aviso a la policía—contestó el director.

Jimmy llamó a un empleado y haciéndole retirar el dinero que había sobre la mesa, dijo:

—Lleve este dinero con el mayor cuidado.

Y miró con gran desconfianza a Doyle que se admiraba de la serenidad del ladrón.

—Vea mi placa de detective—dijo Doyle al fin.

Examinaron Lane y Jimmy el pedacito de bronce y tuvieron que convencerse de que estaban ante un policía auténtico.

—Bueno... acabemos... ¿a qué viene usted aquí?—dijo Jimmy.

—Voy detrás de un malhechor peligroso... Escucha, amiguito Jimmy. Estoy convencido de que el pájaro que puso una bomba en el almacén eres tú mismo.

—¡Dice que soy *bombero!*—contestó riendo, mientras el señor Lane daba muestras de protesta ante aquella acusación.

—¡Basta de risas!—gritó el detective—. ¡Vea usted el retrato de Jimmy y compruébelo con su original!

El detective mostró a Jimmy y a Lane un retrato de Jimmy que iba acompañado de las huellas digitales del ladrón.

—¡Verdaderamente, el parecido es muy notable!—continuó Jimmy, impertérrito—. No me extraña que el señor Doyle se haya confundido.

Lane comenzaba a estar serio ante el asombroso parecido.

—¿Puedo preguntarle dónde se hallaba usted el día que ocurrió el robo, señor Randall?—dijo Doyle.

—¿Cuándo tuvo lugar... señor Doyle?

—El doce de abril... señor Randall.

—¡Ah! Pues ese día estaba yo en Washington en un banquete familiar. Se casó una prima mía. Aquí tiene usted la fotografía.



Doyle leyó en el cuadro la inscripción...

Y acercándose al muro le enseñó el cuadro del banquete.

Doyle leyó en el cuadro la inscripción “doce de abril” y vió entre los comensales al propio Jimmy.

Maravillóse Doyle de la listeza del muchacho y contestó:

—Lo siento, señor Randall... He debido equivocarme.

Y luego, sonriente, añadió:

—Solamente como una formalidad necesaria... voy a tomar sus impresiones digitales.

—No quiero ser tratado por más tiempo como un ladrón vulgar.

—Yo lo haría, Randall, y dejaría ultimado este asunto—dijo el señor Lane en quien había renacido la confianza.

—Entonces... ¡sea!

El detective imprimió en un papel las huellas digitales de Jimmy. Este serenamente le miraba, mientras allá en el armario "El Sueco" sudaba tinta creyendo en una inminente detención.

Comparó el detective las huellas digitales que acababa de imprimir con las que llevaba de jefatura y asombrado reconoció que eran desiguales. ¡Jimmy y Randall eran dos personas distintas!

—Señor Randall—dijo—. Le ruego que perdone mi error y cuanto haya podido decirle. Ya no me cabe duda de la inocencia de usted.

—¡Gracias, señor! Estoy muy satisfecho de no ser ese Jimmy que usted busca.

—Ese Jimmy es un ladrón habilísimo—explicó el agente—. Puede abrir un arca de caudales



El detective imprimió en un papel las huellas digitales de Jimmy...

por un sentido especial del tacto que posee en las yemas de los dedos.

En aquel instante apareció Rosa, llorando, pálida de terror.

—¡Pronto... pronto!... ¡Una desgracia horrible!

—¿Qué sucede?

—Bobby ha encerrado al niño en la caja que acaban de montar...

—¡Horror! ¡Y no conocemos los mecanismos! —gritó el señor Lane.

Corrieron todos al departamento donde estaba la caja completamente cerrada y detrás de la cual un niño estaba en peligro de asfixiarse.

Rosa lloraba agitada, mientras el señor Lane y otros empleados procuraban inútilmente abrir el arca.

Jimmy contemplaba horrorizado la caja... y cerca de él estaba Doyle.

—¡Mi hijito... mi hijito!—suspiraba el director—. ¡Va a morir!... Es cuestión de minutos. Nadie conoce el secreto.

—¡Va a asfixiarse, Lee, va a asfixiarse!—decía Rosa a Jimmy.

Este pareció luchar unos instantes consigo mismo. Miró la caja, luego al detective que le observaba con profunda atención. No vaciló más. ¿Qué importaba ser descubierto si había la vida de un niño, de un hermano de Rosa, en peligro?

Arrancóse una especie de piel que llevaba en las yemas de los dedos.

—Pero, ¿qué es eso que se quita usted?—le preguntó en voz baja Doyle.

—Las impresiones digitales de Randall.



...detrás de la cual un niño estaba en peligro de asfixiarse.

Y avanzando hacia la caja, añadió:

—Quizás pueda acordarme de la combinación.

Y sus manos hábiles, nerviosas, sensibles, comenzaron a trabajar, a hacer rodar los mecanis-

mos, a buscar con aquel tacto maravilloso que tenían, la numeración oportuna para poder abrir la caja.

Fueron minutos de angustia, de terrible dolor. A falta de papel de lija, Jimmy frotábase contra el acero de la caja los dedos como si se los quisiera electrizar.

Y trabajaba... trabajaba con una tensión nerviosa... hasta que al fin consiguió abrir la enorme caja de caudales y sacar de ella el cuerpo medio asfixiado del niño.

Mientras Lane y Rosa se entregaban a explosiones de júbilo con el salvado, Jimmy avanzó sonriente al detective y le dijo en voz baja:

—Es inútil negar. Estoy a su disposición.

Doyle, que había presenciado con admiración aquel sacrificio, le contestó, admirado:

—Dígame sólo una cosa. ¿Cómo hizo usted la fotografía de aquel banquete?

—Con doble exposición. Una combinación de retratos.

—Bien, Jimmy... Estaba seguro de que un día u otro había de caer usted en mi poder... pero lo que ha hecho usted ahora le salva de mí

persecución en lo sucesivo. Ha sido una noble acción la suya, Jimmy.

Y le estrechó cordialmente la mano, dispuesto a no importunar más a aquel muchacho que acababa de poner en riesgo su libertad, su porvenir, para salvar a un infante.

Rosa corrió luego a agradecer a su novio su generosa acción y también Lane le apretó la diestra en conmovedor silencio.

El director se daba cuenta de la verdad, había adivinado que aquel hombre era el ladrón que buscaba el agente, pero su sacrificio, su acto incomparable, le hacía perdonar la falta de su pasado.

—Es un hombre muy honrado y admirable el señor Randall... Lo digo yo, Doyle, el detective —indicó el detective a Lane.

El director le comprendió. Doyle le daba el ejemplo para que perdonase... Seguiría de cajero.

Y allá, en un rincón, Rosa, que ignoraría siempre aquel pasado, acariciaba febrilmente a su novio que adquiría ante ella la categoría de un dios.

Doyle marchó. Al salir vió a "El Sueco", el antiguo cómplice de Jimmy.

—¡Vaya un Banco! —dijo riendo.

Y dejó que todos vivieran la hora inolvidable en que había triunfado la honradez, prometedora de todas las serenidades y bondades del vivir.

FIN

¡Éxito del Cine sonoro!

Esta semana aparecerá:

Noches de Broadway

por Sally O'Neill, Carmen Myers y Jack Egan

Precio: 50 céntimos

PIDA:

TENTACIÓN, por Greta Garbo.

Esta semana:

LA PECADORA, por Lucy Doraine

Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto

Número 1: **Puertas cerradas**

por Virginia Valli

Postal-bicolor: JANET GAYNOR

Número 2: **Madre pecadora**

por Irene Rich

Postal-bicolor: CHARLES FARRELL

Número 3: **Estrella simbólica**

por George O'Brien y Sue Carol

Postal-bicolor: MARY DUNCAN

Número 4: **La Losa del Pasado**

por Donald Keith y Helen Foster

Postal-bicolor: EDMUND LOWE

Número 5: **La mujer de Satanás**

por Marcela Albani y Jack Trevor

Postal-bicolor: POLA NEGRI

Lea y recomiende

La Novela Cinematográfica del Hogar

Acaba de publicarse la
tan esperada novela de
Alfonso Vidal y Planas

La Vida, el Deseo y la Víctima

Es la obra cumbre del popular novelista, cuyas famosas producciones, traducidas a los más importantes idiomas, están alcanzando un éxito mundial.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

con su magnífica novela:

La Vida, el Deseo y la Víctima

obtendrá uno de sus más resonantes éxitos.

**De venta en todos los quioscos y librerías de
España y América. 5 pesetas ejemplar**

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
=Teléfono 18551 - BARCELONA=
